

canso, de manera que, "no había día que no traían los bergantines "que andaban en su busca presa de canoas y muchos indios colgando de las entenas." (1)

Los nautas teneccha ponían en practica cuanto les sugería la astucia á fin de burlar á sus contrarios. Una vez pusieron en celada, encubiertas entre unos carrizales, treinta grandes canoas é hincaron grandes estacas en el fondo del lago; dos pequeños acalli-cargados, haciendo como que se recataban, se dejaron descubrir y dar caza por dos fustas del crucero, huyendo en direccion del carrizal; al entrar los bergantines entre las estacas zabordaron y no pudieron moverse; salieron de la celada los guerreros, saltaron el abordaje, hirieron ó mataron á los tripulantes, pereciendo el capitán Portillo y quedando tan gravemente lastimado Pedro Barba, que á los tres días murió. Las dos naves pertenecían al real de Cortés, y éste recibió por ello gran pesar. La pequeña ventaja la pagaron caro. Días despues, informado el general de que los méxica habían puesto otra celada como la anterior, hizo ocultar seis bergantines entre los carrizales; como en la vez anterior, las dos canoas que servían de señuelo se fueron huyendo de la nave que les daba caza, retirándose hacia el lugar de la celada: acercóse la fusta y dando muestras de temor dió la vuelta; creyendo el lance seguro se descubrieron las canoas emboscadas lanzándose sobre el bergantín, el cual parecía ir huyendo; de improviso aparecieron las seis naos ocultas, y cargando todas sobre los tenochca trastornaron ó rompieron los acalli, prendiendo muchos guerreros. (2)

Los diarios asaltos á la ciudad, la destruccion operada en los edificios, obligó á los tenochca á abandonar la parte Sur, retirándose á la línea de las calles que conducían á Tlatelolco: en este barrio se refugiaron multitud de mujeres y de niños, quienes penetraron con llanto y quejas pidiendo hospitalidad. De buena gana se la concedieron los tlatilulca, los consolaron, acariciaron y aposentaron, prometiéndoles serían en su defensa y amparo. (3)

(1) Bernal Díaz, cap. CLI.

(2) Bernal Díaz, cap. CLI.

(3) Sahagun, lib. XII, cap. XXXIII.

## CAPITULO VII.

### CUAUHTEMOC.—COANACOCHTZIN.

*Ataques de Pedro de Alvarado.—Se establece en la ciudad.—Escaramuzas.—Tzilatzin.—Refriegas en Tlatelolco.—Tlapanacatl.—Derrota de Alvarado.—Asalto general.—Derrota de los castellanos.—Peligro de Cortés.—Retirada al real.—Combates en el campo de Alvarado.—Regocijo de los méxica.—Recobran gran parte de lo perdido en la ciudad.—Desercion de algunos aliados.—Expedicion de Andrés de Tapia contra Malinalco.—Combates.—Accion valiente de Chichimecateculli.—Vuelven al campo los aliados huidos.—Negociaciones de paz.—Deséchalas Cuauhtemoc.—Combate en respuesta.—Expedicion contra los matlaltzinca.—Anécdota.—Sumision de las provincias.—Refuerzo.*

**III** calli 1521. En la última entrada había en el real de Xoloc más de cien mil aliados: dispuso el general que cuatro bergantines con hasta mil quinientas canoas fueran por un lado de la calzada, mientras por el otro lado irían las otras tres fustas con otros mil quinientos acalli, con orden de correr el contorno de la ciudad á fin de quemar las casas y hacer cuanto daño pudiesen, cosa que

las canoas podían ejecutar hasta el corazón de la puebla, penetrando por las calles de agua. Cortés con el ejército de tierra entró por la calle de Itztapalapan como siempre; las puentes no estaban reparadas ni los fosos abiertos, y ninguna resistencia hallaron hasta llegar á la plaza. El general se dirigió por la calle de Tlacopan con intento de ver si podía comunicarse con el real de Alvarado; mas aunque ganó tres puentes y las hizo cegar, no pudo pasar más adelante. Cuando emprendió el movimiento hizo entrar por dos calles á Alonso Dávila con setenta castellanos, doce mil aliados y seis caballos para guardar la retaguardia, y á Andrés de Tapia con igual fuerza. Llegada la tarde se volvieron al fuerte. "Y este día fué de mucha victoria, así por el agua como por la tierra, y óbose algún despojo de los de la ciudad; en los reales del alguacil mayor y Pedro de Alvarado se obo también mucha victoria." (1)

Al día siguiente (2) volvió á penetrar en la ciudad por el mismo orden; la resistencia fué poca, retrayéndose constantemente los tenochca, de manera que D. Hernando calculaba ser dueño de las tres cuartas partes de la ciudad. "Y sin duda el día pasado y aqueste yo tenía por cierto que viniesen de paz, de la cual yo siempre con victoria y sin ella hacía todas las muestras que podía. Y nunca por eso en ellos hallamos alguna señal de paz: y aquel día nos volvimos al real con mucho placer, aunque no nos dejaba de pesar en el alma ver tan determinados de morir á los de la ciudad." (3)

Para darnos cuenta cumplida de los sucesos, retrocedamos algunos días. Por la calzada del N. ó de Tepeyacac, nada parece que hubiera adelantado Gonzalo de Sandoval, y si consta que por aquel rumbo hizo diarias entradas, las relaciones no indican hubiera ganado un sólo palmo de terreno en Tlatelolco. Más afortunado ó resuelto Pedro de Alvarado, que combatía por la calzada de Tlacopan, mirando que cuantas trincheras y fosos ganaba y destruía por el día, al retirarse al real durante la noche quedaban luego reparadas por los tenochca, empleando el mismo trabajo y peligro en reconquistarlas la jornada siguiente, determinó fijar sus puestos avan-

(1) Cartas de Relac. pág. 261.—Herrera, déc. III, lib. I, cap. XIX.

(2) Sábado veintidos de Junio: poco más adelante fundamos este cálculo.

(3) Cartas de Relac. pág. 261.

zados dentro de la ciudad misma. Al efecto, escogió una placeta en donde había unas torres de los ídolos, capaz para abrigar la hueste: según se deja entrever, estos teocalli debían existir hacia el rumbo en donde hoy se encuentra la Concepción, pues de las relaciones de Cortés consta, que la calle de Tlacopan resistía todavía y sólo había sido allanada en parte por el mismo general. Las mujeres que hacían el pan permanecían en Tlacopan custodiadas por los de á caballo y parte de los aliados; la placeta, que de día servía de base de operaciones, por la noche quedaba custodiada por cuarenta castellanos, los cuales velaban del anochecer á la media noche; de esta hora á las dos antes de amanecer los relevaban otros cuarenta hombres, sin que los primeros abandonaran el puesto, entrando igual número de guardia hasta ser de día, de manera que á este tiempo estaban listos para pelear los ciento veinte hombres. A este fatigoso servicio nocturno seguía el continuado combatir durante la luz, sin que sitiados ni sitiadores se dieran tregua en el constante batallar. (1)

Muy récia debía estar la calle de Tlacopan hasta la plaza, supuesto que Alvarado en lugar de tomar aquella dirección, dirigió de preferencia sus ataques hacia Tlatelolco, lo cual le era fácil ya que con sus bergantines era dueño del lago y no tenía defensa alguna la costa de la isla. Según las órdenes comunicadas por el general, no adelantaba un paso sin quemar y destruir las casas, deshacer las fortificaciones y cegar los fosos; ayudaban eficazmente las fustas y canoas penetrando por las calles de agua, llevando muy adentro en la ciudad la desolación y el incendio. Así adelantaron hasta ser detenidos por un muy ancho y profundo foso con hoyos en el fondo, reparos y albarradas fuertes al uno y otro lado; colocadas en lugares convenientes gruesas estacadas para evitar el paso de los bergantines, y aparejadas y escondidas muchas canoas con buenos guerreros, dispuestas á caer sobre quienes intentaran el asalto. El cronista conquistador atribuye aquella obra á nueva táctica adoptada por los méxica; á nosotros nos parece que aquel grande y fuerte canal era el divisorio entre las dos antiguas ciudades de México y de Tlatelolco.

En uno de aquellos días, cinco bergantines atracaron en Nonoal-

(1) Bernal Díaz, cap. CLL.

co (1) echando en tierra á los castellanos; esperaban que los indios salieran á su encuentro, mas éstos se mantuvieron quedos. De improviso se presentó un gigantesco y fuerte guerrero, nombrado Tzilacatzin, vestido como otomitl con su *ichcahuipilli* y con tres piedras rollizas, una en la mano derecha y las otras dos en la manija de la rodela: paróse á corta distancia de los blancos, derribó sucesivamente á tres de cada pedrada, y como en su auxilio llegara el tropel de los suyos, los atónitos asaltantes volvieron caras y acometidos briosamente tuvieron que reembarcarse, escapando con algun daño y bien mojados. Aunque á Tzilacatzin disparaban ballestas y arcabuces no lograron tocarle, sucediendo lo mismo en las siguientes escaramuzas, pues aunque empeñosamente lo buscaban salía siempre con diverso disfraz para no ser reconocido, causando daños á españoles y á aliados. En próximo desembarco la pelea duró el día entero, muriendo de ambas partes cantidad de indios; durante la refriega perecieron los dos valientes guerreros tlatlolca, Tzoyotzin y Temutzin, quienes sin sombra de temor se arrojaban contra los teules hiriendo y derrocando. (2)

En una de aquellas refriegas los guerreros lograron apoderarse de diez y ocho castellanos, los cuales despojados de sus armas y vestidos y maniatados fueron conducidos á la presencia de Cuauhtemoc y de otros principales, á la sazón en el barrio de Tlacuecalco: (3) todos los prisioneros fueron sacrificados en un templo cercano, repartiendo los cuerpos entre los cautivadores, para que las carnes fueran comidas en los abominables banquetes prescritos por la costumbre. Los españoles presenciaban aquellos horrores desde lejos, sin poder dar socorro á sus míseros compañeros. Una fusta del campo de Sandoval se metió en el barrio de Xocotitla ó Cihuatecpa; (4) recibida con denuedo por los tlatlolca, los castellanos tuvieron que reembarcarse, dirigiéndose á Coyonacazco ó Amamaxac: (5) aquí

(1) Persiste aún el nombre en la garita al extremo N. O. de la ciudad.

(2) Sahagun, lib. XII, cap. XXXIII.—Torquemada, lib. IV, cap. XCIII.

(3) Había una casa de audiencia ó tecpan en donde hoy la iglesia de Santa Ana.

(4) Llamado despues San Francisco, en Tlatelolco.

(5) Segun nos informa Torquemada, lib. IV, cap. XCIII, "es á la salida de la calzada de Guadalupe, donde hay una puente, en el principio de la albarrada que corre la vuelta de San Lázaro y donde se ponen los cuartos de los ahorcados, cerca de la hermita de Santa Lucía, que por otro nombre se llama Amamaxac."—No existe la hermita de Santa Lucía; mas consta en los planos antiguos de la ciudad.

tuvo lugar otra escaramuza, en que murieron muchos indios, estando á punto de perecer Rodrigo de Castelleja, valiente soldado á quien los méxica apellidaban Xicotencatl. Retiráronse los asaltantes sin haber logrado grandes ventajas. (1) Un buen descalabro sufrieron los del real de Sandoval. En una de las embestidas, un distinguido guerrero tlatlolcatl nombrado Tlapanecatl, se arrojó sobre el alferez de los castellanos logrando arrancarle la bandera; envalentonados los guerreros viejos apellidaron á los que estaban escondidos, embistiendo con los blancos ya medio desordenados por tan inaudita accion, los pusieron en huida, cautivando cincuenta y tres españoles con gran número de tlaxcalteca, aculhua, xochimilca y chalca. Todos aquellos prisioneros fueron llevados al Tlacochealco en donde estaba Cuauhtemoc, para ser en seguida sacrificados en el templo mayor, repartiendo á otros, por ser muchos, en los teocalli menores; en aquella vez sacrificaron tambien cuatro caballos. Al retirarse los tenochca á Tlatelolco se llevaron la imájen de su dios Huitzilopochtli la cual colocaron en el barrio de Amazac, en la casa llamada Telpuchcalli. (2)

Uno de aquellos días, que era domingo, (3) los tenochca atacaron fieramente el real de Pedro de Alvarado; distribuidos en tres divisiones, una de ellas ocupó la calzada para acometer el campo por retaguardia. Mantuviéronse firmes los castellanos de los teocalli, mientras la caballería y los tlaxcalteca dieron sobre los de la espalda ahuyentándolos y despejando la calle; entónces la hueste entera se puso en movimiento, haciendo retraer á los contrarios que se retiraban peleando. Los méxica combatían haciendo una falsa retirada, lo que no comprendido por los blancos los hizo proseguir descuidados en la persecucion; tomaron con facilidad una primera puente; tras corta resistencia les abandonaron el ancho y fuerte foso que ántes no habían podido franquear, metiéndose victoriosos por entre una calle en que edificios y templos estaban todavía en pié y

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXXV.—Torquemada, lib. IV, cap. XCIII.

(2) Sahagun, lib. XII, cap. XXXVI.—Torquemada, lib. IV, cap. XCIII.

(3) Así lo expresa Bernal Díaz, cap. CLI. Comparando este dicho con el de Cortés en sus relaciones, guiados por la cuenta de los días que hemos ido ajustando, con seguridad podemos establecer que este domingo corresponde al veinte y tres de Junio: no hay otro á que pueda referirse sin dislocar los acontecimientos.

continuas deprecaciones á los dioses, ofreciéndoles abundantes víctimas con los prisioneros aliados cogidos en los diarios combates, y el contento de la solemnidad rayaba en frenesí cuando los devotos veían tendido sobre el *techcatl* el cuerpo desnudo y blanco de algun teule, quedando ofrecido el corazon al sanguinario Huitzilpochtli: aquellas carnes blancas, santificadas por el rito, eran comidas con delicia como sazonadas por el odio y la venganza. Las cinco últimas víctimas de la hueste de Alvarado regustaron al terrible número; los sacerdotes ofrecieron en su nombre completa victoria contra los extranjeros y sus aliados. Estaban en el mes Tecuilhuitonli, precisamente en los días de los aniversarios de la vuelta de Cortés á México el año anterior, de los rudos combates organizados por Cuiclahuac, de la muerte de Motecuhzoma y desbarato de los blancos: los dioses prometían la repetición de las luchas gloriosas de Junio y aún otra jornada de la Noche triste.

En los cuatro días siguientes, (1) si bien con pérdida de seis castellanos muertos y varios heridos, los de Alvarado ganaron la puente en donde fueron desbaratados, la cegaron y se establecieron sobre ella. (2) Cortés proseguía sus diarias entradas en la ciudad, "y combatían los bergantines y canoas por dos partes, y yo por la ciudad, por otras cuatro, y siempre habíamos victoria, y se mataba mucha gente de los contrarios, porque cada día venía gente sin número en nuestro favor." (3)

No obstante aquellos avances hacia el interior de la ciudad, D. Hernando todavía no se determinaba á dejar el real de Xoloc ni se ponía aún en comunicacion directa con las tropas de Alvarado. Más de veinte días eran pasados en continuos combates; estaban cercanos al *tianquiztli* de Tlatelolco, y tomado aquel mercado y el teocalli de junto, debería precisamente seguirse la sumision de la ciudad; Alvarado estaba ya próximo al lugar codiciado y era caso de honra no dejarle ganar el puesto antes que ellos: (4) todo esto hicieron presente á Cortés sus capitanes, principalmente el tesorero Julian de Alderete, con tanta insistencia que hubo de conformarse,

(1) Martes veinte y cinco á viernes veinte y ocho de Junio.

(2) Bernal Díaz, cap. CXL.

(3) Cartas de Relac. pág. 264.

(4) Cartas de Relac. pág. 262.

aún cuando su opinion era contraria. En consecuencia, se reunió un consejo de los principales cabos, (1) quedando determinado dar un ataque general á fin de apoderarse del mercado de Tlatelolco. Al día siguiente (2) dos criados del general fueron á comunicar las órdenes á los otros dos campos. Sandoval con cien peones, quince ballesteros y escopeteros, se pasaba al real de Pedro de Alvarado, dejando diez jinetes en el suyo, puestos en celada, para dar sobre los tenochca cuando salieran, mirando que se alzaba el fardaje. Los cinco bergantines de las dos divisiones unidas ayudarían en las operaciones, teniendo particular cuidado de no dar paso adelante sin allanar y cegar primero las puentes y fosos, debiendo todos hacer el mayor empuje posible por penetrar hasta el punto objetivo. Deberían mandar setenta ú ochenta infantes al fuerte de Xoloc, lo cual se cumplió aquella misma tarde. (3)

El día inmediato señalado, (4) despues de haber oido misa, se desprendieron de Xoloc los siete bergantines con más de tres mil canoas de los aliados; D. Hernando se puso en marcha con veinte y cinco jinetes, con todos los peones castellanos y los aliados. Llegado á la parte ganada de la calle de Tlacopan, organizó el ataque de esta manera, escogiendo las tres calles que de allí conducían al Tlatelolco: por la principal que conducía al mercado debía entrar el tesorero Julian de Alderete con setenta peones y unos veinte mil aliados, (5) ocho caballos le cubrirían la retaguardia, acompañándole multitud de gastadores para derrocar las obras y tapar los fosos; por la calle inmediata, (6) penetrarían Andrés de Tapia y Jorge de Alvarado con ochenta infantes y más de diez mil indios, dejando al principio de aquella vía dos tiros gruesos con ocho de á caballo; D. Hernando seguiría la calle más angosta (7) con cien peones en que había más de veinte y cinco ballesteros y escopeteros,

(1) Siguiendo escrupulosamente la marcha de los sucesos, veinte y ocho de Junio.

(2) Sábado veinte y nueve de Junio.

(3) Cartas de Relac. págs. 265—66.—Bernal Díaz, cap. CLII, discrepa en algunos pormenores y pone la determinacion al cargo exclusivo de Cortés.

(4) Domingo treinta de Junio,

(5) El Relox, en la direccion que las anteriores.

(6) Calles actuales de Santo Domingo y siguientes de S. á N.

(7) Según resulta de los datos que tenemos recogidos, esta calle debía ser la actual de Manrique, Esclavo, la Pila seca, &c. siguiendo al Norte.

ocho caballos é infinito número de amigos: los jinetes se quedaron apostados en la bocacalle con orden de no pasar adelante.

Pié á tierra, al frente de los suyos, el general tomó resueltamente adelante; la primera cortadura que se presentó fué ganada con el fuego de un tirillo de campo, los ballesteros y escopeteros; se empeñó luego en una estrecha calzada, rota en dos ó tres partes, apoderándose fácilmente de dos puentes, en tanto que la muchedumbre de los amigos se apoderaban de las azoteas y penetraban por las encrucijadas. Miétras castellanos y aliados seguían calle arriba sin que nada pudiera detenerlos, Cortés con veinte castellanos hizo alto en una especie de isleta, así para sostener á los indios que cerca de ahí combatían, como para proteger la retaguardia de los guerreros que pudieran salir por las calles de travesía. Los de la vanguardia le mandaron avisar estar ya muy cerca del Tlatelolco y que oían el rumor del combate que sostenían Alvarado y Sandoval por su campo; mandóles decir no se internaran sin allanar primero los pasos, á lo cual respondieron estar todo cual se les mandaba. Para cerciorarse se adelantó hasta llegar á un canal ancho de doce pasos, cuyas aguas estaban cubiertas por maderos y carrizos flotantes, que pudieron dar paso á gentes que pasaron con tiento y pocos á pocos. (1) Llegaba Cortés á la puente, cuando descubrió á castellanos y aliados venir en precipitada fuga; los tenochca los habían dejado penetrar hasta donde á sus planes convenía; de improviso sonó el gran atambor sagrado en el teocalli de Tlatelolco, los sacerdotes de los otros templos hicieron resonar los instrumentos de los dioses, oyóse el ronco y lúgubre sonido del caracol de Cuauhtemoc ordenando cargar á los guerreros hasta vencer ó morir, y los escuadrones méxica se precipitaron por todas partes sobre los asaltantes con tan indomable furia, que los hicieron volver rostros y ponerse en huida.

En balde les gritó D. Hernando, "*Tener, tener,*" en balde volvió á repetirles, "Tened, tened, señores, tened récio; ¿qué es esto, que así habeis de volver las espaldas?" Sin oír aquellas razones, castellanos y aliados se precipitaron al foso, á su peso cedió la fagina hundiéndose en el agua los desventurados; cayeron sobre ellos

(1) Ixtlilxochitl, relacion XIII, pág. 37, dice que el foso estaba "á donde ahora es San Martín, barrio de Tlatelulco."

los victoriosos méxica, acudieron por el canal multitud de canoas cargadas de guerreros, trabándose una lucha desesperada en que los unos pugnaban por no ahogarse ó ser llevados vivos, los otros por acabar de una vez con sus aborrecidos contrarios. Cortés, con quince de los suyos se defendió valientemente cual sabía siempre; agobiado por el número, herido de una pierna, vióse rodeado de guerreros y varios capitanes tenochca se arrojaron sobre él y le sujetaron al grito de "Malinche, Malinche:" aquí tambien debió la vida á la negra costumbre de los indígenas. (1) El Malinche hubiera sido ofrenda digna de Huitzilopochtli; por llevarle vivo y por rescatarle se empeñó afanosa lucha. Vencido estaba y sin duda le llevaran, á no ser por el socorro que le prestó Cristóbal de Olea, (2) esforzado jinete, quien cortó de un tajo las manos de un guerrero que tenía asido al general, al mismo tiempo que una vieja pretendía ahogarle; pagó con la vida su adhesión, pues ahí pereció, como tambien su caballo, á los golpes de los guerreros. Presentóse en seguida el acolhua Ixtlilxochitl peleando muy réciamente, (3) así como un diestro capitan tlaxcaltecatl, nombrado Teamacatzin; (4) Lerma que tambien vino, quedó mal herido; el camarero ó mayordomo de Cortés, Cristóbal de Guzman, fué llevado vivo; acudió al fin el capitan de la guardia, Antonio de Quiñones, quien asiéndole de los brazos le arrancó de los tenochca, diciéndole: "Vamos de aquí y salvemos vuestra persona, pues sabeis que sin ella ninguno de nosotros puede escapar." El grupo de los que defendían al general seguían la angosta calzada por donde habían entrado, la cual iba bien embarrizada con los fugitivos, teniendo lugar de salirles por las calles de

(1) "Aquel día hubiera sido el último de su vida, dice Clavijero tom. 2, pág. 167, á pesar del extraordinario brío con que se defendió, y con su vida se hubiera perdido la esperanza de la conquista de México, si los mexicanos, en vez de darle muerte, como pudieron hacerlo fácilmente, no se hubieran empeñado en cogerlo vivo, para honrar con tan ilustre víctima á sus dioses."

(2) Francisco, le llaman Herrera y Torquemada.

(3) Torquemada, lib. IV, cap. CXIV.—Véase Ixtlilxochitl, pág. 38, acerca del cuadro pintado en la puerta de Santiago Tlatelolco.

(4) Natural de Hueyotlipan en Tlaxcalla, "que valerosamente puso el pecho á los mexicanos y las espaldas á Cortés, peleando. Este se bautizó despues; unos dicen que se llamó Antonio, y otros Bautista, y fué buen cristiano, y el primero que recibió el sacramento de la extrema unción en aquella tierra." Herrera, déc. III, lib. I, cap. XX.